

BIBLIOTECA

Los Grandes Filos

DB

La Novela Semanal Cinematográfica



La mina
incendiada

POR

Johyna Ralston

Douglas

Fairbanks (hijo)

50 cts.

Niu
del

COL·LECCIONISME

CINEMA ANTIC I POSTALS

JOQUINES - PUNTS LIBRE

POSTERS I CAPSES LLUANA

SOLDATS PLOM I LLUANA

LACRADORS - POTS LLAGURS

PERRUQUERIA - GASTRONOMIA

PLANXES - MOLINETS

ARTICLES ESCRIPTORI

CULLERETES - AGULLES CORNATA

ESPECIALISTA AL MON

CRIMOS DE LA XOCOLATA

LLUMINS - TABA - PAPER FUMAR

Apartat 14.108

BARCELONA

Plaça Reial

Diumenges de 10 a 2

LA MINA INCENDIADA

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551

La mina incendiada

Superproducción especial del eminente director **Reginald Barker**

Sobre un libro de L. G. Rigby

Interpretación de Jobyna Ralston,
Douglas Fairbanks (hijo), Wade
Boteler, Harvey Clark, etc.



Exclusiva de
Importaciones Cinematográficas
Aragón, 225 BARCELONA



Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

La mina incendiada

Argumento de la película

I

Esta es la historia de tres hombres que trabajan en las tinieblas para hacer la luz, la riqueza y el poder de un mundo que apenas conocen.

Nos hallamos en el fondo de una mina, a setecientos metros de profundidad, donde no llega la caricia beneficiosa del sol y donde el aire está enrarecido, donde no

hay espacio libre para los ojos y donde la mente está poseída de pensamientos tan oscuros como el ambiente.

Entre el ejército de obreros sudorosos que trabajan duramente en la extracción del carbón hay tres que cantan y cambian frases amistosas de vez en cuando. Estos tres son Esteban, Tomás y José.

Esteban es un muchacho joven, alto y de cuerpo elástico y esbelto. Nada soporta el golpe firme y certero de su piqueta. Su brazo y su cintura se mueven con agilidad. Tiene una cara expresiva y unos ojos de color indefinible que prestan extraña vivacidad a su semblante.

Esteban canta:

*Lo que hace a los vapores en el mar
airosos y veloces navegar
es el carbón que obtienen con sus bríos
tus brazos y los míos.*

Tomás, amigo inseparable de Esteban y de José, es un hombrón de corpulencia y estatura poco comunes. Carga en las vagones pedruscos de carbón hasta de veinte kilos con la misma facilidad que si fueran

almohadillas. No se le ve el rostro porque el carbón le pone una a modo de carátula. Tomás canta replicando a Esteban:

*Por darle su magnífico poder
al tren que por los campos ves correr
hallan carbón en estas galerías
tus fuerzas y las mías.*

José, el tercero de los amigos inseparables, mide veinte centímetros menos que Tomás, y aunque es el peor encarado de los tres y parece como si siempre estuviera descontento, es el rey del buen humor en la mina. José canta:

*Mi sueldo de minero de carbón
me da para cien curdas ocasión
y hoy con beber mortalmente se peca.
¡Qué gracia de ley seca!
Tiznados nuestros rostros siempre van,
más negros que las razas del Sudán.
Y es que el carbón nos da el aspecto eterno
de diablos del infierno.*

En este momento se dió por terminado el trabajo y aquella tarde los compañeros se despidieron más efusiva y alegramente que de costumbre.

—¡Feliz Navidad!—era la frase que se oía por doquier.

Cuando estuvieron fuera de la mina, Tomás dijo a José:

—Es una gran noche ésta de vísperas de Navidad. Por algo la llaman Nochebuena.

—Sí—repuso José con su acostumbrada y mordaz ironía—y un gran día el de mañana. El bolsillo vacío, el estómago vacío y la cabeza llena de los vapores del alcohol. ¡Magnífico día el de mañana!

—Mira qué bien suena esto: “Mañana no se trabaja”.

—Mira qué bien suena esto: “Mañana no se cobra”.

Menos mal que allí estaba Esteban y supo cortar la discusión desviando la charla por otros derroteros.

* * *

No lejos de allí, había cierta casa que contrastaba singularmente con las humildes de la barriada de los mineros.

Era una finca señorial y soberbia. El interior ofrecía el mismo lujo deslumbrante y algo más magnífico todavía. Mujeres de elegantes vestidos y carnes blancas y aterciopeladas. Relucían los dientes como perlas y relucían las perlas de los collares y los brillantes de los brazaletes. Era un salón lleno de luz y de murmullos, de risas y de charlas triviales.

En un rincón una orquesta de negros armaba una infernal algarabía a la que contribuían con sus desaforados bailes las parejas que llenaban el salón.

Era un cabaret de gran lujo.

De pronto, se detuvo ante la puerta un automóvil y de él bajaron una dama de edad madura y una joven bellísima, de ojos inmensos y tristes.

Dijo la joven:

—Gracias a usted, voy a tener una casa. Yo corresponderé a su bondad trabajando de veras.

—¡Bah! Eso no tiene importancia. Con tal de que tú vivas contenta...

—Es usted una verdadera santa, señora.

En tanto hablaban habían ido acercándose a la puerta y la muchacha se quedó

mirando con asombro la suntuosidad de la fachada.

—¡Esto es un palacio! —dijo con asombro.

—Esto es un palacio —convino la dama— y como una reina vivirás si eres razonable.

—Yo haré lo que usted me mande, y más todavía...

—Si obras así, te aseguro que tendrás todo lo que una reina pueda tener.

Había oprimido la dama el timbre de la puerta y en seguida se abrió ésta, ofreciéndose instantáneamente el cuadro de locura y deslumbramiento del interior del cabaret.

El asombro le impidió dar un solo paso y permaneció fría e inmóvil, como una estatua.

Sus esperanzas habíanse convertido instantáneamente en horror. No conocía aquellos lugares de perdición, pero le bastó para juzgar de su condición los cien cuadros de impudicia que se ofrecían a sus ojos.

—¿Dónde me ha traído usted? —preguntó con una mezcla de ira y confusión la muchacha.

Por toda respuesta, la dama la cogió del brazo y trató de hacerla entrar en el salón.

La joven forcejeó para desasirse y como advirtiera que la dama la aseguraba cada vez más con sus manos, le pareció a la virgen que en vez de manos eran garras que la arrastraban a la perdición y, haciendo un desesperado esfuerzo, consiguió librarse.

La puerta estaba abierta aún y salió raudamente y emprendió veloz carrera.

Los criados de la dama trataron de seguirla, pero ella corría mucho más. El miedo y la vergüenza le prestaban alas.

La noche era obscura y pronto se perdió de vista. Ella advirtió que no la seguían ya, pero no por eso dejó de correr. Corría presa de un terror que en vez de disminuir aumentaba por momentos. Corría... corría...

De pronto estalló un trueno y no lo oyó. Una lluvia torrencial cayó de los cielos y tampoco se dió cuenta.

Al fin, rendida y empapada por la lluvia, tropezó y cayó para no levantarse. Se le habían nublado los ojos y los miembros se habían negado a obedecerla. Temblaba de

frío y de dolor. Perdió la noción de las cosas y allí se quedó, tendida, inmóvil, bajo el agua que caía a raudales del cielo y formaba un charco alrededor de su cuerpo.

Así fué la Nochebuena de aquella desdichada.

Y en tanto que el agua caía a raudales, el viento soplaba con fuerza y el sol ardiente, se oyeron voces de personas que gritaban y decían:

II

Regresaba Esteban a casa después de haber dejado a José y a Tomás en la taberna cuando vió, bajo la lluvia, algo que le pareció una forma humana caída en el suelo.

Se acercó y comprobó que, en efecto, se trataba de un cuerpo humano. Una mujer... y joven... y hermosa...

Llovía cada vez más y esta circunstancia hizo tomar a Esteban una rápida determinación.

Cogió a la joven en brazos y la condujo a su casa, que por cierto estaba a dos pasos de allí.

La vivienda de Esteban era una vivienda de soltero, mejor dicho, de solteros, pues en ella vivían Tomás, José y él, en medio del natural desorden.

Esteban pasó con su carga a una habitación en la que había tres camas y depositó a la joven en una butaca.

Una vez hecho esto, estuvo un momento pensando qué más debía hacer y por fin se le ocurrió humedecer las sienes de la joven con agua fría para ver si así se reanimaba.

Pero en seguida se dió cuenta de que si algo le sobraba a aquel cuerpo era agua y comenzó por quitarle los zapatos. Después le desabrochó la cintura, después determinó quitarle las medias.

En este momento, la muchacha volvió en sí, levantó un poco la cabeza y se quedó mirando con estupor a Esteban, el cual continuaba absorto en la tarea de quitarle las chorreantes medias.

Ya le había quitado una. Introdujo las manos por debajo de la falda para coger la liga de la segunda, pero la muchacha lo impidió encogiendo las piernas y lanzando un grito. Después echó a correr.

Al ver el terror que se reflejaba en su

semblante, Esteban se apresuró a explicarle:

—No pretendo hacerle ningún mal. Sólo



... y comenzó por quitarle los zapatos.

quiero quitarle esas ropas para que no coja una pulmonía.

La pulmonía no le parecía a la joven razón suficiente para que aquel muchacho, que por cierto parecía muy simpático, llevara las manos hasta sus ligas.

Así lo demostró con la expresión de su rostro y Esteban, sin enfadarse por eso, salió un momento de la habitación y volvió



Después echó a correr.

a entrar con un traje de los que él usaba para andar por la mina.

Lo dejó sobre la cama y dijo a la joven:

—Debe usted ponérselo. Con sus ropas puede coger un enfriamiento.

Y se dirigió a la puerta, donde se detuvo para añadir:

—Cuando esté vestida salga y le daré una taza de café.

* * *

Mientras esto ocurría en casa de Esteban, Tomás y José regresaban de la taberna con gran trabajo.

Iban cogidos por el cuello y hacían unas eses que eran una maravilla de ejecución.

—¡Qué vergüenza, José! — decía Tomás —. Estás borracho como una cuba.

—¿Borracho yo? — protestó José —. Tú sí que has pescado una merluza capaz de alimentar a un regimiento.

—Yo merluza, digo cermula, digo merluza? Ahora veremos quién de los dos es

el borracho. A ver, pasa por encima de esta línea recta.

Y con el tacón de la bota marcó sobre el barro del arroyo una línea que pretendía ser recta y era más torcida que un ocho.

José trató de recorrerla e hizo al lado otro ocho. Entonces Tomás quiso marcar más su *recta* para que José la viera bien y un nuevo ocho quedó dibujado sobre el barro de la calle, a veinte centímetros de los otros dos.

En vista de que no había medio de entenderse por el sistema de la geometría, decidieron continuar el camino hacia la casa y entonces creyó José advertir una anormalidad.

—Por aquí no vamos bien a casa, Tomás.

—¿Por qué razón?

—Porque allí hay un perro y yo no he visto nunca un perro en el camino de casa.

—¡Toma! ¡Pues es verdad! ¿Y qué hacemos para averiguar cuál es el camino de casa?

—La verdad, no sé qué podemos hacer, porque como resulta que todos los faroles

son iguales, no sabe uno si está en el farol de nuestra calle o en el de otra calle que no es la nuestra.

—Eso es verdad. Además, todos los faroles están por parejas... y todo es doble. Está visto que no hay medio de llegar a casa.

—No te preocupes. Cógete de mi brazo y yo te conduciré por el camino recto.

Y, cogidos del brazo, continuaron aquella marcha que en vez de tal parecía un ejercicio de caligrafía.

La muchacha no vaciló en ponerse el traje de minero que Esteban le ofrecía. Había sabido inspirarle confianza con aquel rasgo de naturalidad con que pretendió quitarle la segunda media y más todavía con

el hecho de apresurarse a dejarla sola para que se vistiera, entregándole uno de sus trajes.

¿Dónde estaba? Eso no lo sabía. Pero sí sabía que estaba en una casa donde no había más gente que aquel hombre, pues no se le oía hablar y todos los ruidos que producía en la habitación inmediata demostraban que no había allí más que una persona.

Experimentó una sensación de alivio al quitarse las ropas mojadas y ponerse aquellas otras, recias y masculinas, pero secas.

Salió.

Ya la estaba esperando su amable protector con la mesa puesta. Sobre ella había café y algunas pastas. No hay que olvidar que era la Nochebuena.

El se levantó al verla entrar y le ofreció una silla que para ella había colocado junto a la mesa.

Sin embargo, no vaya a creerse por esto que Esteban se estaba comportando como un dechado de urbanidad. Se estaba portando como lo que era, como un rudo minero, aunque bien es verdad que como un rudo minero cuyo corazón había sabido sal-

varse de las tinieblas embrutecedoras de las profundas galerías.

Le señaló con un ademán lleno de franqueza la silla y volvió a sentarse en la suya antes de que la joven ocupara su asiento.

Sin esperar a que ella empezara a comer, él se apoderó de una pasta y la devoró de un bocado.

De pronto, levantó Esteban la cabeza.

—¿Cómo se llama usted?

—Mary.

—Yo me llamo Esteban... De modo que ya nos conocemos y ya puede usted tener confianza y comer tranquilamente. Está en casa de un amigo, está en su casa.

Pero Mary estaba absorta en la primera manifestación de Esteban.

—¡Esteban!... ¡Qué nombre tan bonito!... Así se llamaba mi padre.

—¿No tiene usted padre?

—No.

La respuesta había sido seca y rotunda, pero la voz de Mary se había empañado ligeramente.

Esteban fué prudente y no insistió sobre aquel punto. ¿Para qué añadir nuevas tristezas a las muchas y profundas de Mary?

En esto el silencio de la noche fué interrumpido, desgarrado, por un canto agudo y muy sentido. Era una fuerte voz de tenor.



—¿Cómo se llama usted?

El timbre era limpio y tenía una sonoridad impresionante. Los dos, Esteban y Mary, quedaron sobrecoyados.

El canto se perdió en la profundidad de la noche tormentosa.

—Son los villancicos de la Nochebuena —dijo Esteban.

Después añadió:

—Pero tómese usted el café.

—No se disguste si no me lo tomo. No es desprecio. La fatiga me ha quitado el apetito.

—Lo que usted necesita es una buena cama.

¡Una buena cama! Con tenerla mala ya se habría conformado Mary.

—Mis vestidos ya deben de estar secos. Me los voy a poner y me marcharé.

—¿Tiene usted adónde ir?

Mary esquivó la respuesta, pero Esteban la detuvo cogiéndola por un brazo cuando ella se iba a levantar.

—¿De dónde venía usted cuando cayó sin sentido donde yo la he encontrado?

Entonces Mary contó los incidentes de que había sido víctima.

—Mi padre murió hace algunos años, mi madre hace algunos días. Quedé sola y desamparada, sin techo y sin recursos. Una señora a la que no conocía se presentó para

decírmé que era amiga de mi madre, que se había enterado de mi desgracia y que me quería ayudar... Yo la creí y me dejé conducir por ella. Un auto esperaba. Subimos a él y pronto estuvimos en la casa de mi protectora. Eso ha sido esta misma noche, poco antes de que usted me encontrara. Cuando se abrió la puerta y entré en la casa en seguida me di cuenta delantro de perversión en que trataban de introducirme. Ni siquiera pasé del umbral. Eché a correr y corrí hasta que, perdidas las fuerzas y temblando de frío, caí donde usted me encontró.

—Usted pasará la noche aquí—dijo Esteban por todo comentario.

Ella se levantó e inició una disculpa, pero Esteban insistió con energía:

—Hay tres camas. Puede usted elegir la que quiera.

Sí, había tres camas. Ella las había visto al lado de la butaca que ocupara en el dormitorio de Esteban. Pero estaban las tres camas en la misma habitación y esto pareció a Mary un inconveniente.

Esteban, adivinándolo, dijo:

—No se preocupe. Nadie entrará en ese cuarto mientras esté usted en él.

Y como Mary seguía vacilando, él la cogió de un brazo, la metió en el dormitorio y cerró la puerta con llave.

III

Aparecieron Tomás y José. Todavía iban cogidos del cuello y cada vez eran más historiadas las eses que hacían.

Después de saludar a Esteban con un gesto y un susurro ininteligible, los dos se dirigieron hacia el dormitorio.

Esteban los detuvo.

—No podéis entrar. En esa habitación duerme una muchacha.

Tomás y José se miraron.

—Esteban está más borracho que nosotros—dijo José al mismo tiempo que trataba de entrar en el cuarto.

—¡He dicho que por aquí no pasa nadie!—gritó Esteban empujando a José.

Este se le quedó mirando con la boca abierta.

—¿Pero es verdad que hay una muchacha en nuestro cuarto?

—Entonces con mayor motivo debemos entrar—opinó Tomás.

—Naturalmente. No creo que ocupe las tres camas.

Pero fué inútil todo lo que hicieron para penetrar en el cuarto.

Esteban lo defendía como el soldado defiende el fuerte.

A raíz del último intento, recibió José tal empellón que no le volvieron a quedar ganas de intentar el asalto.

—Bueno. Entonces ya me dirás dónde he de dormir.

—En el suelo o en la puerta de la calle —repuso Esteban—. No me importa la cama que puedas elegir.

José se acostó en un sofá, metiendo la cabeza por un brazo del mueble. Tomás se acostó en el suelo y Esteban se acomodó lo mejor que pudo en una butaca cercana a la puerta.

—Bonita Nochebuena voy a pasar. Si estas son noches buenas prefiero las malas.

Y con estas palabras, José quedó adormilado cuando Tomás había empezado ya a dormir la curda.

A la mañana siguiente, cuando José despertó y fué a levantar la cabeza, el brazo del sillón tropezó con su garganta.

Dió un grito.

—¡Que me ahorcan, que me ahorcan!

Despertaron Tomás y Esteban y sólo entonces se tranquilizó José al verse entre sus amigos.

Los tres se quejaban, cuando se levantaron, de dolor de riñones.

Y diciéndose estaban los tres que bien podía haber buscado la huésped otro hospedaje, cuando apareció Mary, pero no por la puerta del cuarto sino por la de la cocina.

Tomás y José se quedaron perplejos no sólo por la inusitada aparición sino también, y principalmente por la belleza de la aparecida.

Esteban estaba también asombrado.

Mary llevaba una bandeja en las manos

y entonces reparó en que la mesa tenía puesto el mantel.

—Buenos días — dijo Mary—. ¿Cómo han pasado ustedes la noche?

—Puede usted suponerlo—repuso José.

—Los colchones de ladrillos resultan agradables muy pocas veces—dijo Tomás.

—Siéntense ustedes. Ya les he preparado el desayuno. Si he hecho algo mal perdónenme en atención a que no conozco las costumbres de la casa.

Al mismo tiempo, distribuía los tazones de café con leche y los platos de pastas sobre la mesa.

Esteban se sentó en seguida y después lo hicieron José y Tomás recelosamente.

Cuando Mary se fué a la cocina José hizo el siguiente comentario:

—Una mujer me hizo una vez el desayuno y me costó seis meses deshacerme de ella.

Entró Mary, dejó las servilletas sobre la mesa y se volvió a marchar a la cocina.

Entonces añadió José:

—Esta ha empezado la temporada de seis meses. Fijáos bien en lo que os digo.

—Nos hemos caído con todo el equipo —opinó Tomás.

Y como al decir esto los dos miraban a Esteban acusadoramente, éste se defendió:

—La encontré sin conocimiento en medio de la calle. Llovía a torrentes. ¿Qué iba a hacer sino traérmela?

—Es verdad—comentó José con su peculiar ironía—. ¿Qué ibas a hacer sino traerla y cederle nuestras tres camas?

—Eso se arreglará esta noche. Con poner dos camas en el comedor asunto concluído.

—¿Esta noche? ¿Luego das por hecho que esta noche se quede aquí? Lo dicho: ha empezado la temporada.

Apareció Mary con la cafetera y se acercó a Esteban para decirle solícitamente:

—¿Quiere usted más café?

—No, gracias. Supongo que usted también habrá tomado.

—No se preocupen de mí. ¿Y ustedes? ¿Quieren más café?

—No—repuso secamente José.

—No—repuso del mismo modo Tomás.

Otra vez se fué Mary a la cocina y José siguió pinchando a Esteban.

—Estás en babia, Esteban. Todas las mujeres hacen lo mismo. Primero todo son mimos y halagos. Después viene la caza y sin saber cómo te encuentras casado. Y entonces, adiós libertad, adiós tranquilidad... como si te hubieran metido en presidio.

—A mí no me caza nadie—dijo Esteban herido en su amor propio.

—Eso ya lo veremos.

Se tragó Esteban una pasta de un bocado y en este momento reapareció Mary con un plato de mermelada.

Se acercó tanto a Esteban al servirle que sus cabellos rozaron las sienes de él.

—Para servirme no es menester que se acerque tanto—dijo Esteban bruscamente.

—Perdóneme—se disculpó Mary—. Le aseguro que no lo volveré a hacer.

Cuando Mary no estaba delante, Esteban miró a sus compañeros como si les dijera:

—¿Qué os ha parecido?

Pero en vez del aplauso he aquí lo que obtuvo:

—No nos has convencido, camarada. Esa mujer te llevará al calvario. Vivir para ver.

Y Tomás y José se fueron para no seguir siendo testigos de la claudicación de Esteban y para celebrar el día de Navidad como habían celebrado la Nochebuena.

IV

Había encendido Esteban su pipa cuando le interrumpió Mary, en vista de que él no le decía nada:

—Sin el buen corazón de usted no sé qué habría sido de mí anoche.

Su voz era conmovida y trémula. Dijérase que brotaba directamente del corazón.

Antes de que Esteban pudiera contestar se oyó una canción en la calle.

*De tu boca en la flor
un momento libar
un poquito de amor,
un besito no más.*

—Canciones... abrigo... corazones buenos—dijo Mary como soñando—. No espe-

raba encontrar todo esto tan hermoso en este día de Navidad.

Esteban se levantó iracundo.

—Haga el favor de no venirme con cursilerías. Le advierto que si se ha propuesto conquistarme con sus coqueteos, no se va a salir con la suya.

Tan violento y despectivo había sido el tono de su voz, que Mary se echó a llorar.

Las lágrimas conmovieron a Esteban hasta el punto de que estuvo tentado a pedirle perdón, pero el recuerdo de las burlas de José le detuvo a tiempo y en vez de ir hacia ella se marchó a la calle.

Cuando entró Tomás continuaba Mary llorando.

Y lo que aquellas lágrimas no habían logrado de Esteban lo consiguieron del gigantesco minero.

Tomás se conmovió.

—¿Qué le ha hecho a usted ese pedazo de animal?

—¿Quién? — repuso Mary súbitamente consolada por aquella muestra de solicitud.

—¿Quién ha de ser? El que estaba con usted ahora: Esteban.

Y entonces ocurrió algo que dejó a Tomás perplejo.

—¿Por qué le insulta usted si es un hombre tan bueno que no hay dos como él en el mundo?

Tomás dió media vuelta y se fué de nuevo a la calle.

Iba a contárselo a José lo sucedido. Esteban la hacía llorar y ella decía que Esteban era el hombre más bueno del mundo. ¡Para volverse loco! A las mujeres no había quién las entendiera.

* * *

—Adónde vas, Esteban? Ven a echar un trago. No todos los días es Navidad.

—Gracias; ya sabes que no bebo nunca.

Veinte veces había tenido que repetir esas mismas palabras.

Iba por el barrio sin rumbo fijo y como todos le conocían y todos estaban bebiendo

para celebrar el día de Navidad, la invitación era inevitable.

Pero Esteban no bebía nunca y contestaba siempre lo mismo.

Por fin se encontró con un amigo más pesado que los demás y para quitárselo de encima aceptó una copa.

Después el amigo se empeñó en que fuera a ver el árbol de Navidad de sus chicos y como la casa estaba llena de amigos, la copa se convirtió rápidamente en diez sin que Esteban se diera cuenta de ello.

Horas después iba Esteban por las calles del barrio acompañado de su amigo y haciendo con él las mismas eses en que tan prácticos estaban José y Tomás.

* * *

Estaba Mary atenta a sus quehaceres cuando apareció Esteban acompañado por el amigo que lo llevaba a su casa para

mostrarle el árbol de Navidad de sus hijos.

El cuadro que se ofreció a la vista de la muchacha la dejó muda de asombro.

Esteban se hallaba tan embriagado, que no podía mantenerse en pie, a pesar de los esfuerzos de su acompañante. Iba sin sombrero y llevaba la chaqueta y la camisa desabrochadas. Sin embargo, el frío intenso de la noche invernal no parecía hacer mella en él. Llevaba debajo del brazo una gran caja y como había metido la mano de este brazo en un bolsillo del pantalón, la caja estaba bien sujetada, tan aprisionada como la mano en el bolsillo: parecía encajada a golpes de martillo entre el brazo y el costado. Por este motivo conservaba el regalo adquirido para Mary.

Cuando Esteban vió a la muchacha balbuceó con gran dificultad:

—Si puedes sacarme la mano del bolsillo te daré una regalito que te he comprado.

Estas palabras sacaron a Mary de su inmovilidad y se acercó a Esteban para ayudar a su acompañante en la tarea de trasladarlo hasta el sillón próximo. Comenzaron por extraerle la caja de debajo del bra-

zo y entonces Esteban pudo sacar la mano del bolsillo. Después se dejó caer pesadamente en el sillón.

Al oír las voces salieron de la estancia contigua los verdaderos amigos de Esteban: Tomás y José.

En seguida se dieron cuenta del estado de éste y, al ver al que le acompañaba, Tomás le dijo indignado:

—¿Por qué le has hecho beber?... ¿No sabes que jamás prueba el alcohol? ¡Sal de aquí inmediatamente si no quieras que te rompa un hueso!

Y cogiéndolo por un brazo lo arrastró hasta la puerta y lo arrojó a la calle, manejándolo con la misma facilidad que si tuviera en sus manos un muñeco.

Después volvió al lado de Esteban que entre José y Mary no daba señales de vida. Le estuvo contemplando un momento. De pronto, lo cogió en sus brazos como si se tratara de un niño.

—Voy a acostarlo —dijo—. Será lo mejor.

Y lo condujo al cuarto depositándolo sobre la cama.

Mary entró también en la habitación y como sabía que Tomás y José tenían precisión de salir, les dijo:



—Voy a acostarlo...

—Pueden ustedes marcharse tranquilos. Yo cuidaré de él.

Se fueron José y Tomás, y Mary se sentó al lado del lecho. Ocurrió entonces algo extraordinario. Con palabras entrecortadas y llenas de vehemencia, Esteban exclamó:

—¡Mary, te quiero!... ¡Mary, te quie-
ro!...

Grande fué la emoción que produjeron en Mary estas palabras murmuradas de un modo casi inconsciente. También ella amaba a Esteban y no esperaba la confesión.

V

Pasaron unos días y este tiempo bastó para borrar el recuerdo del incidente, pero no aquellas palabras de Esteban que oía Mary como un lejano eco. “¡Mary, te quiero! ¡Mary, te quiero!”

La casa parecía otra desde que la muchacha entrara en ella. Todo estaba en orden. Todo brillaba de limpio.

A pesar de ello, Tomás y José no experimentaban alegría, sino todo lo contrario. Les fastidiaba aquella meticulosidad y aquella solicitud con que la muchacha los atendía. Sin embargo...

Un día estaban los tres sentados a la mesa y ausente Mary, cuando José abordó francamente la cuestión.

—La señorita se nos incrusta... Ya hace una semana que está aquí. Tenemos que resolver cuanto antes. Si no, cuando queramos darnos cuenta será ya demasiado tarde.

Y continuó dirigiéndose a Esteban:

—Tú eres, entre los tres, el que menos esperanzas de salvación tiene porque te ha echado el ojo. Por eso te cuida con más solicitud que a los demás. ¡Vaya si te pesca!

—¿Y qué quieres que le haga? ¡Quién le dice que se vaya!—repuso Esteban.

—¡Pues alguno tiene que decírselo!—exclamó Tomás—. Díselo tú, José, que eres el que peor hablas de ella.

Y entonces demostró José que no había sido muy sincero al hablar de Mary.

—¡Yo!... Yo no se lo digo — exclamó con terror.

Y quedaron los tres silenciosos y preocupados ante el temor de tener que desempeñar tan enojosa misión.

De pronto, exclamó Tomás:

—¡Ya tengo un medio!: Echaremos suer-

tes para ver a quién le toca comunicarle la noticia.

Aprobada la idea gustosamente por José, por Esteban a la fuerza, se dispusieron a ponerla en práctica.

Colocaron dentro de un sombrero tres papeles. En uno de ellos estaba escrito lo siguiente:

“Yo le hablaré”.

Tomás, que fué el que realizó esta operación, entregó el sombrero a sus compañeros una vez terminada.

—Ahora arreglárosla vosotros.

Y se dispuso a marcharse.

—¿Y tú?—protestó José.

—Yo ya he hecho bastante colocando los papeles en el sombrero.

—¡Quiá!—exclamó Esteban—. Tú serás el primero que saques bola. Por algo eres el mayor.

Tuvo que resignarse y sacó el papelito.

Cuando vió que estaba en blanco lanzó un grito de alegría y ofreció el sombrero a José con mucha amabilidad.

José se tapó con una mano los ojos y sacó el papelito con la otra.

¡También en blanco! Eso equivalía a que Esteban hubiera sacado el escrito.

Así lo comprendió Esteban, cuando vió que sus dos amigos se marchaban del brazo y José le decía:

—No es necesario que saques bola. Sólo queda una dentro del sombrero y esa es “la de la suerte”. De modo que no queremos ver a la muchacha aquí cuando volvamos.

Durante la angustiosa espera de Esteban, Mary estaba comprando en una tienda de ultramarinos del barrio.

Estaba solo el dependiente, un dependiente de cínico semblante que miraba a Mary con extraordinaria fijeza.

Por la tienda andaba un perrillo faldero muy mono. Mary lo acarició.

El dependiente aprovechó esta ocasión para invitarla a pasar a ver otros seis que estaban en la trastienda, mejor dicho, en el piso de arriba.

—Venga usted y le regalaré uno—dijo el dependiente subiendo las escaleras.

Mary, inocentemente, fué tras él y sólo se dió cuenta del peligro cuando el dependiente le dijo, cortándole la salida:

—Le regalaré el Perrito, pero a condición de que me dé usted un beso.

Roja de ira, de sorpresa y de vergüenza, Mary trató de ganar la puerta, pero el dependiente se lo impidió. Entonces corrió la joven hacia otra puerta que daba a un cuarto y tuvo tiempo de cerrarla una vez dentro de la habitación, antes de que el dependiente pudiera darle alcance.

—¡Vamos, abre esa puerta!—dijo cínicamente el donjuán—. No hay razón para que te hagas la santita cuando todo el mundo sabe que vives con tres hombres a un tiempo.

Y uniendo la acción a la palabra, descargó todo el peso de su cuerpo sobre la puerta, con tal violencia que la cerradura saltó.

Ya se veía Mary perdida, cuando la voz del dueño resonó en la tienda llamando al dependiente.



—¡Vamos, abre esa puerta!...

Esto fué la salvación de Mary. El dependiente echó a correr escaleras abajo para que el dueño no le pillara *in fraganti* y entonces echó a correr ella también y pudo salir a la calle.

Cuando Esteban la vió entrar llorando, ya no pensó en que tenía que despedirla.

—¿Qué le sucede a usted, Mary?—le preguntó con vivo interés, que más que interés era ansia.

Mary, entre sollozos le contó lo ocurrido, sin olvidar el insulto que le hizo el dependiente al aludir con perversa intención a su vida en casa de tres hombres solteros.

Esteban se puso en pie y sin pronunciar palabra salió de la casa.

A través del pueblo se dirigió a la tienda de ultramarinos. Allí estaba el dependiente.

Sin decirle nada, le cogió por las solapas y le sacó del mostrador como a un pelele, a pesar de que era más alto y grueso que él.

Sin darle tiempo a pronunciar palabra

le descargó todos los puñetazos necesarios para dejarlo tendido en el suelo sin sentido.

La gente había comenzado a agolparse ante la puerta y Esteban se abrió paso entre ella para salir llevando el cuerpo casi exámine del dependiente a rastras.

Lo tenía cogido del cuello de la americana y lo arrastraba como si fuera un fardo. La gente echó a andar tras él demostrando con sus murmullos la sensación que aquel espectáculo insólito les producía.

Comenzó el malparado donjuán a debatirse, pero Esteban le sujetaba cada vez con más fuerza y con más fuerza le arrastraba.

Todo el camino que Esteban había hecho para ir volvió a hacerlo para regresar llevando a rastras al dependiente.

Lo entró en la casa donde Mary continuaba llorando y le obligó a arrodillarse ante ella para pedirle perdón.

Una vez que lo hubo hecho, lo condujo hasta la puerta de la calle donde se había amontonado la gente y lo lanzó en medio del arroyo al mismo tiempo que le decía:

—Y mucho ojo con que te vuelvas a atrever siquiera a mirarla a la cara.

Cuando volvió al lado de Mary, ésta se le arrojó en los brazos. Continuaba llorando, pero no ya de vergüenza ni de ira, sino de felicidad, al verse protegida por el hombre amado y con una protección que era signo de que en su pecho palpitaba el amor hacia ella, mejor dicho, la correspondencia de su propio amor.

Así como a ella no le importó demostrarle lo que por él sentía, tampoco para Esteban hubo nada en aquel momento capaz de hacerle seguir ocultando y disimulando lo que por ella sentía.

Si José y Tomás se burlaban, era preferible darles un coscorrón a cada uno o encogerse de hombros con indiferencia, que callar cobardemente lo que en el fondo de su alma sentía por temor a las burlas. No, nada sería ya capaz de hacerle seguir disimulando. Valía mucho más su amor que todas las burlas del mundo juntas. y q~~ue~~ Tomás, José y cien como ellos.

Y, estrechando a Mary entre sus brazos, le dijo:

—Te amo, Mary, te amo, y nos casaremos mañana mismo.

En este momento entraron en el comedor José y Tomás.

—Lo que temía—exclamó José—. Ya le cogió en el momento débil... Pero yo me cuidaré de poner remedio al mal antes de que sea irremediable.

VI

Nadie se explicaba cómo sucedió. El caso era que había sucedido. De pronto surgió por el ángulo de una galería una larga lengua de fuego y los obreros se vieron sin salida.

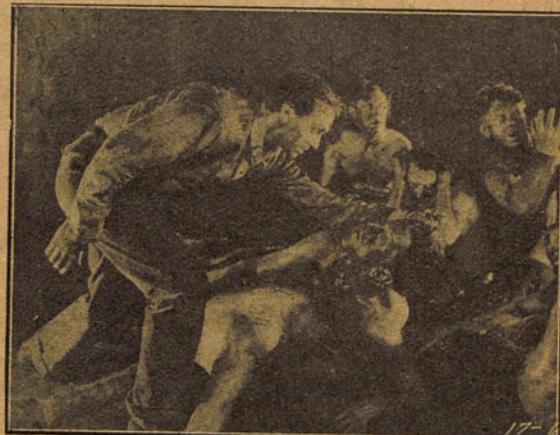
—¡Fuego, fuego!—gritaron cien voces a un tiempo.

Y todos huyeron hacia el fondo de la galería, para libertarse del lenguetazo infernal del incendio.

—Por ahí no hay salida—dijo uno.

—Pero por ahí están las llamas—replicó otro, señalando el lado opuesto.

Y la patrulla de mineros se vió entre el fondo sin salida de las galerías por un lado y por el otro las llamas.



Y todos huyeron hacia el fondo sin salida de la galería.

Esteban se dió cuenta rápidamente de la situación.

—Todo lo que podemos hacer—exclamó—es refrenar la marcha de las llamas para dar tiempo a las brigadas de salvamento.

Y él y José tomaron la dirección de los trabajos.

Como las llamas se extendían con una celeridad aterradora, Esteban decidió levantar una barricada para contenerlas y dió las órdenes oportunas. Se amontonaron troncos hasta formar una barrera de contención, pero lo único que se consiguió con ello fué retrasar unos minutos lo inevitable. Las llamas se detuvieron allí, pero no tardaron en destruir la barrera con sus feroces leguetazos.

Y la patrulla siguió retrocediendo hacia el fondo sin salida del antro.

—¡Otra barricada!—gritó José.

Y todos se pusieron manos a la obra y lograron detener por unos minutos más el avance del incendio.

Pero pasó una hora, y otra, y otra. Pasó toda la noche y las brigadas de socorro no llegaban. ¿Cómo se iban a aventurar a través de aquel infierno?

Llegaron al fondo de la galería. Una nueva barricada y entonces ya sería inútil todo intento de salvación.

—¡Los taladros!—gritó de pronto una voz.

Y todos prestaron atención y vieron que, en efecto, cerca se oían funcionar los taladros de aire comprimido con los de la brigada de salvamento se abrían paso entre las rocas.

—Vienen a nosotros por detrás del fondo de la galería—dijo Esteban—. Si trabajan aprisa pueden salvarnos.

Pero he aquí que de pronto todos los taladros dejaron de funcionar.

Y, al mismo tiempo, se desvanecieron todas las esperanzas.

—Pero por qué nos abandonan?—exclamó Esteban desesperadamente.

—¿Cómo se van a imaginar que vivimos después de permanecer treinta y seis horas en esta fragua?—repuso José con una conformidad de que jamás había dado muestras.

Y añadió rodeando con un brazo los hombros de su amigo:

—Yo quiero decirte una cosa antes de que llegue el fin, Esteban. Yo no quería que la muchacha se fuera porque la aprecio. Si decía lo contrario era sólo porque temía perder tu amistad.

Esteban le miraba horrorizado. Cuando José le hacía aquella confesión era porque la muerte estaba cerca, muy cerca, porque su vida iba a terminar dentro de unos minutos.

Y al hacerse esta fatídica reflexión, el hombre sereno y fuerte, el que con su energía había dirigido los trabajos de salvamento, fué presa de súbito de una desesperación violenta, que le movió a exclamar:

—¡No, no quiero morir! ¡Ella me espera arriba! ¡He de casarme hoy con ella! ¡Quiero ser feliz! ¡Quiero ser feliz!

* * *

Arriba estaban, entre una multitud que seguía atenta y angustiosamente los trabajos de salvamento, Mary y Tomás.

De abajo, donde los hombres trabajaban angustiosamente con los taladros, luchando con la dureza de las rocas y con la falta de aire, llegaban noticias desconsoladoras.

Es imposible describir la ansiedad que experimentaba la pobre Mary. Estaba pálida como una muerta y ni fuerzas para llorar



—¡No, no quiero morir!

tenía. Todos los esfuerzos que Tomás hacía para consolarla eran inútiles.

Treinta y seis horas llevaba allí, inmóvil, al lado del boquete que los taladros habían abierto en las rocas y hubiera permanecido

cien y quinientas y mil y todo el tiempo que duraran los trabajos.

Comenzó a marcharse la gente dando por terminado el doloroso espectáculo y ya sin



Arriba estaban...

el menor vestigio de esperanza, cuando la fatiga rindió a Mary.

Se quedó dormida al lado de Tomás.

Cuando despertó, le sorprendió que su amigo le dijera:

—Vámonos ya, Mary. Nada tenemos que hacer aquí.

—¿Por qué?

—Porque todo ha terminado. A estas ho-



Se quedó dormida al lado de Tomás.

ras no quedan ya ni restos de nuestros amigos. Mira. Las brigadas de salvamento comienzan a retirarse.

—¡Pero si viven aún! ¡Si acabo de ver a Esteban vivo y nombrándome!

Sus ojos centelleaban de esperanza y de entusiasmo.

—Debes de haberlo soñado—repuso Tomás.

—No sé si lo he soñado. Lo que sé es que están vivos, que Esteban vive todavía y desea salvarse para unirse a mí. ¡Corre, Tomás! ¡Detén a esos hombres! ¡Diles que continúen trabajando! Si no lo haces serás responsable de la muerte de tus amigos.

Tomás se puso en pie de un salto. Mary hablaba con una convicción que tuvo la virtud de contagiársele. Era imposible desobedecer aquellas anhelantes órdenes.

Después de una lucha tremenda y de lanzarse él delante de todos con un taladro, consiguió que los trabajos continuaran.

Mary esperó con extraña seguridad al borde del boquete.

Pasó un minuto, dos, tres, cinco, y ella no perdía un solo átomo de esperanzas.

Estaba plenamente segura de que Esteban vivía y le enviaba desde el fondo de su refugio los latidos de su corazón y toda la fuerza de sus pensamientos.

De pronto, vió por el agujero la cara desencajada de Tomás.

—¡Salvados!—gritó escuetamente.
Y volvió al fondo del agujero.



... consiguió que los trabajos continuaran.

Otros minutos de espera y salió, llevando en brazos a Esteban y sirviendo de apoyo al cuerpo vacilante de José.

* * *

Poco después, Esteban abría los ojos a la hermosa realidad.

Su cabeza se apoyaba en el pecho de Mary. Sus primeras palabras fueron éstas:

—No nos pudimos casar ayer, como te prometí, pero nos casaremos hoy.

—Y nosotros echaremos suertes para ver quién de los dos es el padrino.

El que así había hablado era José, el cual a falta de prometida que le asistiera en aquellos momentos, tenía a su buen amigo Tomás.

F I N

Recuerde estos títulos:

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

La Novela Adán

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El Caballero

Egoísmo

La máscara del diablo

Acaba de aparecer:

¡Acontecimiento!

El pan nuestro de cada día

por Charles Farrell y Mary Duncan

Precio: 1 peseta

La Novela para Todos

Números publicados:

1. **Mary la buena, Mary la mala**
por Manuel Reinald Solomayor
2. **La que no pudo ser mala**
por Sara Insúa
3. **La estrella de los montes**
por R. Merchán Vargas
4. **Ella, Él y el Perro**
por Jorge Clary
5. **Alicia, la divina amante**
por L. Linares Lorca
6. **Una mujer extraña**
por Mariano San Ildefonso
7. **Se necesita un socio capitalista**
por C. Montellano
8. **Gente de ahora**
por Antonio Guardiola
9. **La Nochebuena en el penal**
por Alfonso Vidal y Planas
10. **Marta, prima de Gertrudis**
por Domingo de Fuenmayor
11. **El cantador de tangos**
por Francisco-Mario Bistagne
12. **Mercedes, Paco y el otro.**
por L. Linares Lorca

Precio: 30 cts.

En breve aparecerá

La vida, el deseo y la víctima

Novela, por
ALFONSO VIDAL Y PLANAS

Será la obra cumbre del ilustre y popularísimo novelista y dramaturgo, cuyas producciones famosas ("Santa Isabel de Ceres", "Cielo y Fango", "A hombros de la Adversidad", etc., etc.) han sido traducidas a los más importantes idiomas.

$\exists.$ B.